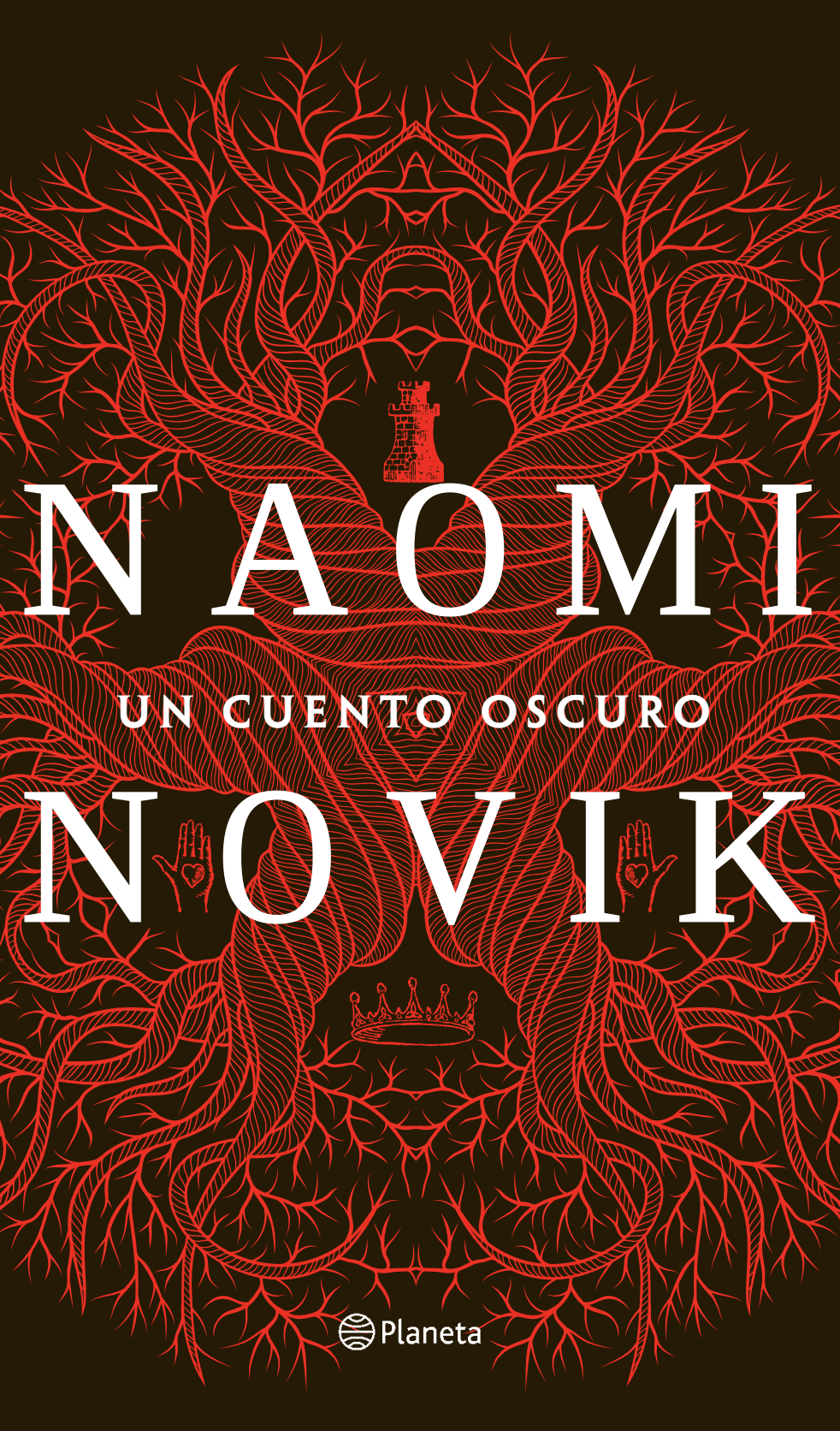




NAOMI

UN CUENTO OSCURO

NOVIK

NAOMI NOVIK

UN CUENTO OSCURO

Traducción de Julio Hermoso

Título original: *Uprooted*

© Temeraire LLC, 2015

Publicado de acuerdo con Del Rey, un sello de Random House, una división editorial de Random House, LLC

© por la traducción, Julio Hermoso, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15148-7

Depósito legal: B. 1.842-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nuestro Dragón no devora a las niñas que se lleva, digan lo que digan las historias que cuentan fuera del valle. A veces las oímos en boca de los viajeros que vienen y van. Hablan como si estuviéramos haciendo sacrificios humanos, y como si él fuese un dragón de verdad. Por supuesto que tal cosa no es cierta: por muy mago e inmortal que sea, sigue siendo un hombre, y nuestros padres se unirían y lo matarían si quisiera comerse a una de nosotras cada diez años. Él nos protege contra el Bosque, y nosotros se lo agradecemos, pero no tanto.

No, en realidad no las engulle; sólo da esa sensación. Se lleva a una muchacha a su torre y diez años después la deja marchar, pero para entonces la joven es alguien distinto. Sus ropas son demasiado elegantes, habla como una cortesana y ha estado diez años viviendo con un hombre a solas, así que, por supuesto, se ha echado a perder, por mucho que todas las chicas digan que él jamás les ha puesto la mano encima. ¿Qué otra cosa po-

drían decir? Y eso no es lo peor... Al final, cuando las deja marchar, el Dragón les entrega una bolsa llena de plata a modo de dote para que cualquiera esté encantado de casarse con ellas, perdidas o no.

Pero ellas no desean casarse con nadie. Ni siquiera se quieren quedar.

—Se les olvida cómo vivir aquí —me dijo mi padre una vez, de manera inesperada.

Yo iba sentada a su lado en el pescante de la carreta, grande y vacía, de camino a casa tras repartir la leña de la semana. Vivíamos en Dverník, que no era la mayor aldea del valle, ni la más pequeña, ni la más cercana al Bosque: estábamos a once kilómetros de distancia. El camino, sin embargo, nos llevaba por una alta montaña, y, en un día claro, desde la cima se podía seguir el curso del río hasta la franja de tierra calcinada de color gris pálido en el lindero frontal, y la sólida y oscura muralla de árboles más allá. La torre del Dragón estaba lejos, en dirección contraria: una pieza de caliza blanca insertada en la base de la cordillera de poniente.

Yo era todavía muy pequeña, no tenía más de cinco años, creo, pero ya sabía que nosotros no hablábamos sobre el Dragón, ni sobre las chicas que se llevaba, así que se me quedó grabado cuando mi padre quebrantó la norma.

—Se acuerdan de tener miedo —dijo mi padre. Eso fue todo. Después chasqueó la lengua dirigiéndose a los caballos, que siguieron avanzando montaña abajo y se adentraron de nuevo entre los árboles.

Eso no tenía mucho sentido para mí. Todos temíamos el Bosque, pero el valle era nuestro hogar. ¿Cómo puede uno abandonar su hogar? Y, sin embargo, las chicas nunca se quedaban cuando volvían. El Dragón las dejaba salir de la torre, y ellas regresaban con sus familias por un breve tiempo, una semana, o a veces un mes, nunca mucho más. Cogían entonces su bolsa llena de plata y se marchaban. Se dirigían principalmente a Kralia, e iban a la Universidad. La mitad de las veces se casaban con algún hombre de la urbe y, si no, se convertían en académicas o en tenderas, aunque la gente cuchichease sobre Jadwiga Bach, a quien se llevó sesenta años atrás, y que se convirtió en cortesana y en la amante de un barón y un duque. Aun así, para cuando yo nací Jadwiga sólo era una mujer mayor y rica que le enviaba unos espléndidos regalos a sus sobrinos nietos y nunca iba a visitarlos.

De manera que no se trata ni mucho menos de entregar a tu hija para que se la coman, pero tampoco es un motivo de alegría. No hay tantas aldeas en el valle como para que las probabilidades sean muy bajas; sólo se lleva a una chica de diecisiete años, nacida entre un mes de octubre y el siguiente. Había once chicas para elegir en mi año, y esas probabilidades son peores que las de jugar a los dados. Todo el mundo dice que se quiere de un modo distinto a una chica nacida bajo el Dragón conforme se va haciendo mayor; no lo puedes evitar, consciente como eres de la facilidad con que puedes perderla, pero no era así para mí, para mis pa-

dres. Cuando tuve la edad suficiente para entender que se me podría llevar a mí, todos sabíamos ya que se llevaría a Kasia.

Únicamente los viajeros de paso, que no lo sabían, felicitaban a sus padres o les comentaban lo hermosa que era su hija, o qué inteligente, o qué encantadora. El Dragón no siempre se llevaba a la chica más guapa, pero siempre se llevaba a la más especial, de alguna manera: de haber alguna que fuese con mucho la más guapa, o la más brillante, o la mejor bailarina, o especialmente agradable, él siempre se las arreglaba para elegirla aunque apenas intercambiase una palabra con las muchachas antes de elegir.

Y Kasia era todas esas cosas. Tenía una melena tri-gueña que lucía en una trenza hasta la cintura, unos ojos de un cálido color castaño, y su risa era como un cántico que te daban ganas de entonar. Siempre se le ocurrían los mejores juegos, y era capaz de inventarse historias y nuevos bailes que llevaba en la cabeza. Sabía cocinar para un banquete, y cuando hilaba la lana de las ovejas de su padre, el hilo salía de la rueca suave y sin el menor nudo o enredo.

Sé que la estoy haciendo parecer como salida de un cuento, pero era justo al revés. Cuando mi madre me contaba los cuentos de la princesa hilandera, la valiente pastora de los gansos o la doncella del río, yo me las imaginaba a todas un tanto parecidas a Kasia; ésa era la idea que me había formado de ella. Y yo no tenía la edad suficiente para ser sabia, así que la quería más, no menos, porque sabía que pronto se la llevarían de mi lado.

A ella no le importaba, decía. También era intrépida: su madre, Wensa, ya se ocupó de ello.

—Tendrá que ser valiente —recuerdo haberle oído decir una vez mientras empujaba a Kasia para que trepase a un árbol del que ella se apartaba llorando entre los brazos de mi madre.

Vivíamos sólo a tres casas la una de la otra, y yo no tenía hermanas, únicamente tres hermanos mucho mayores que yo. Kasia era para mí la más querida. Jugábamos juntas desde la cuna, primero en las cocinas, manteniéndonos apartadas de los pisotones, y después en la calle delante de nuestras casas, hasta que pudimos echar a correr solas por los bosques. Yo nunca quería quedarme bajo techo cuando podíamos correr de la mano bajo las ramas. Me imaginaba a los árboles inclinando los brazos para protegernos. No sabía cómo iba a aguantarlo cuando el Dragón se la llevase.

Mis padres tampoco habrían temido por mí, no mucho, aunque no hubiera estado Kasia. A los diecisiete, yo era una chica escuálida con pinta de potrilla, los pies grandes y el pelo castaño enredado y sucio, y mi único don, si se le puede llamar así, consistía en ser capaz de romper, manchar o perder cualquier cosa que llevara puesta en las horas que transcurren en un solo día. Mi madre me consideró un caso perdido a los doce años, y me dejaba correr por ahí vestida con prendas heredadas de mis hermanos mayores, excepto en los días de fiesta, cuando me obligaban a cambiarme de ropa tan sólo veinte minutos antes de marcharnos de casa y me senta-

ban en el banco de delante de la puerta antes de irnos a misa. Aun así, no estaban seguros de que llegase a los prados comunales de la aldea sin haberme enganchado en una rama o haberme salpicado de barro.

—Tendrás que casarte con un sastre, mi pequeña Agnieszka —me decía mi padre entre risas cuando llegaba por la noche a casa de los bosques y yo corría hasta él con la cara mugrienta, no menos de un agujero en la ropa y sin pañoleta.

De todas formas me cogía en brazos y me besaba; mi madre sólo suspiraba un poco: ¿qué padre lamentaría unos cuantos defectos en una hija nacida bajo el signo del Dragón?

Nuestro último verano antes de la elección fue largo, cálido y estuvo lleno de lágrimas. Kasia no lloró, pero yo sí. Nos quedábamos hasta tarde en los bosques, estirando cada día hasta donde podíamos, y después regresaba a casa hambrienta y cansada y me iba directa a tumbarme en la oscuridad. Mi madre entraba y me acariciaba la cabeza, cantando en voz baja mientras yo lloraba hasta quedarme dormida, y me dejaba un plato de comida junto a la cama para cuando me despertase hambrienta en plena noche. Aparte de eso, no trataba de consolarme: ¿cómo podría? Las dos sabíamos que, al margen de cuánto quisiera ella a Kasia y a su madre, no podría evitar sentir un pequeño nudo de alegría en el estómago: no mi hija, no mi única hija. Y, por supues-

to, yo no hubiera querido que ella se sintiese de otro modo.

Todo se había reducido a Kasia y yo juntas, prácticamente el verano entero. Cuando éramos pequeñas, íbamos con el grupo de niños de la aldea, pero al hacernos mayores, y Kasia más guapa, su madre le dijo:

—Será mejor que no veas mucho a los chicos, mejor para ti y mejor para ellos.

Aun así, yo seguí con ella, y mi madre les tenía el suficiente cariño a Kasia y a Wensa como para no intentar despegarme, aunque supiese que al final me dolería más.

El último día, encontré para nosotras un claro en el bosque donde los árboles conservaban las hojas, en tonos dorados y rojo fuego, que susurraban en lo alto, sobre nuestras cabezas, con castañas maduras por todo el suelo alrededor. Hicimos una pequeña hoguera con ramitas y hojas secas para asar unas cuantas. El día siguiente sería el primero de octubre, y se celebraría la gran fiesta para honrar a nuestro patrón y señor. Vendría el Dragón.

—Estaría bien ser un trovador —dijo Kasia, tumbada boca arriba con los ojos cerrados. Tarareaba ligeramente con la boca cerrada: un músico ambulante había venido para el festival, y aquella mañana había estado ensayando sus canciones en el prado. Los carros del tributo habían ido llegando a lo largo de toda la semana—. Ir por toda Polnya y cantar para el rey.

Lo había dicho pensativa, no como una niña que ha-

bla de sus sueños; lo había dicho como alguien que de verdad está pensando en marcharse del valle, en irse para siempre. Extendí la mano y agarré la suya.

—Vendrás a casa todos los solsticios de invierno —le dije—, y nos cantarás todas las canciones que has aprendido. —Nos quedamos fuertemente cogidas de la mano, y no me permití recordar que las chicas a las que se llevaba el Dragón nunca querían regresar.

Por supuesto que en aquel momento yo sólo sentía un odio atroz hacia él, pero no era un mal señor. Al otro lado de las montañas del norte, el barón de las Marismas Amarillas mantenía un ejército de cinco mil hombres para participar en las guerras de Polnya, y un castillo con cuatro torres, y una esposa que lucía joyas del color de la sangre y una capa de piel de zorro blanco, todo ello a costa de unos dominios que no eran más ricos que nuestro valle. Un día a la semana los hombres tenían que ir a trabajar los campos del barón, que eran las mejores tierras, y él se quedaba con aquellos de sus hijos más aptos para su ejército, y con todos esos soldados deambulando por ahí, las muchachas debían permanecer encerradas y en compañía una vez se hacían mayores. Y ni siquiera él era un mal señor.

El Dragón sólo tenía una única torre, sin un solo hombre armado ni un sirviente aparte de la chica que se llevaba. A él no le hacía falta mantener un ejército: el servicio que le prestaba al rey era el de su propio trabajo, su magia. Tenía que ir a la corte de vez en cuando para renovar su juramento de lealtad, y supongo que el

rey podría haberlo llamado a la guerra, pero, en su mayor parte, su deber consistía en quedarse y vigilar el Bosque, y en proteger al reino de su malicia.

Su única extravagancia eran los libros. Nosotros éramos muy leídos para ser unos aldeanos, porque él pagaba verdadero oro por un solo y magnífico volumen, así que los libreros ambulantes se acercaban hasta aquí a pesar de que nuestro valle se encontraba en los mismos límites de Polnya. Y ya que venían, llenaban las alforjas de las mulas con todos los libros raídos o los más baratos que tenían y nos los vendían a nosotros a cambio de unos peniques. Incluso la casa más pobre del valle mostraba con orgullo al menos dos o tres libros en las paredes.

A cualquiera que no viviese lo bastante cerca del Bosque para entenderlo, todas estas cosas le podrían parecer insignificantes, menudencias, lejos de ser motivo para renunciar a una hija. Pero yo había vivido aquel Verano Verde en el que un viento cálido transportó el polen del Bosque un largo trecho hacia el oeste, valle adentro, sobre nuestros campos y jardines. Los cultivos crecieron con una rabiosa exuberancia, pero también de un modo extraño y contrahecho. Cualquiera que los probase enfermaba de ira, atacaba a su propia familia y, al final, acababa echando a correr hacia el Bosque y desaparecía si no lo ataban.

Yo tenía seis años en aquella época. Mis padres trataron de protegerme tanto como pudieron, pero aun así recordaba de manera muy vívida el sudor frío que el

miedo despertaba por todas partes, lo atemorizado que estaba todo el mundo y el constante aguijonazo del hambre en la barriga. Para entonces ya habíamos dado cuenta de las últimas reservas del año, confiando en la primavera. Un vecino nuestro, loco de hambre, se comió unas judías verdes. Recuerdo los gritos que salieron de su casa aquella noche; me asomé a la ventana y vi cómo mi padre salía corriendo a echar una mano y cómo cogía la horca de la mies del lugar donde ésta descansaba, contra la pared de nuestro cobertizo.

Un día de aquel verano, demasiado pequeña como para entender bien el peligro, me escapé de la vigilancia de mi agotada y famélica madre y eché a correr hacia los bosques. Encontré una zarza medio muerta en un rincón resguardado del viento. Metí la mano entre las duras ramas secas y extraje un racimo de moras que estaba milagrosamente entero, jugoso y perfecto. Cada mora fue un estallido de alegría en la boca. Me comí dos puñados y me llené la falda con el resto; corrí a casa mientras me iban dejando unas manchas violáceas en el vestido, y mi madre se echó a llorar de horror cuando me vio las manchas en la cara. No enfermé: aquella zarza había escapado de la maldición del Bosque, y las moras estaban buenas. Sin embargo, sus lágrimas me aterrorizaron; pasé años rehuyendo las moras.

Ese año el Dragón había sido convocado a la corte. No tardó en regresar, cabalgó directo a los campos e invocó un fuego mágico que quemase todas las cosechas contaminadas, todos los cultivos envenenados. Hasta

ahí, era su deber, pero acto seguido recorrió todas las casas en las que alguien había enfermado y les dio a probar un aguardiente mágico que les aclaró la mente. Dio la orden de que las aldeas más al oeste, que habían escapado de la plaga, compartiesen sus cosechas con nosotros, e incluso renunció por completo a su tributo de ese año para que ninguno de nosotros muriese de hambre. La siguiente primavera, justo antes de la siembra, volvió a recorrer los campos para quemar los pocos restos corrompidos antes de que pudiesen volver a echar raíces.

De todos modos, y a pesar de lo mucho que había hecho por nosotros, no le teníamos afecto. Jamás salía de su torre para invitar a los hombres a una ronda en la época de la cosecha como sí lo hacía el barón de las Marismas Amarillas, o a comprar alguna baratija en la feria como tan frecuentemente hacían la dama del barón y sus hijas. En ocasiones, unos grupos ambulantes representaban obras, o llegaba algún músico por el paso de las montañas desde Rosya. Él nunca iba a verlos. Cuando los carreteros le llevaban su tributo, las puertas de la torre se abrían solas, y ellos le dejaban todas las mercancías en la despensa sin verlo siquiera. Nunca cruzaba más de un puñado de palabras con la corregidora de nuestra aldea, ni siquiera con el alcalde de Olshanka, el pueblo más grande del valle, que estaba muy cerca de su torre. No trataba de ganarse nuestro cariño en absoluto; ninguno de nosotros lo conocía.

Y era desde luego un maestro de la brujería oscura.